

NARRATIVIDAD E INTERTEXTUALIDAD COMO HERRAMIENTAS PARA EL EJERCICIO DE LA REFLEXIVIDAD EN LA INVESTIGACIÓN FEMINISTA: EL CASO DEL DOLOR Y EL GÉNERO

NARRATIVITY AND INTERTEXTUALITY AS TOOLS TO EXERCISE REFLEXIVITY IN FEMINIST RESEARCH: THE CASE OF PAIN AND GENDER

Nicolás Schöngut Grollmus¹; Margot Pujal i Llombart

**Universitat Autònoma de Barcelona, Departament de Psicologia Social
schongut@gmail.com**

Historia editorial

Recibido: 11-04-2014
Aceptado: 19-10-2014

Palabras clave

Dolor cronicado
Género
Narrativas
Intertextualidad

Resumen

En este artículo volvemos a trabajar con algunos de los relatos de vida del proyecto de investigación *Les veus silenciades en temps "d'igualtat"*. *El dolor des d'una perspectiva de gènere*, con el objetivo de reflexionar sobre el trabajo realizado, utilizando una nueva propuesta metodológica diferente a la del proyecto original. Para ello hemos llevado a cabo este trabajo en dos niveles paralelos, donde, desde la noción de intertextualidad en el primero, llevamos a cabo un análisis narrativo de los relatos de vida de las participantes, al mismo tiempo que también hacemos una narrativa reflexiva de nuestros propios textos en el proceso de investigación, como una forma de visualizar los textos subjetivos y socioculturales que se cruzan en la configuración del dolor crónico desde la perspectiva de género.

Abstract

In this paper we turn back to some of the life stories from the research project *Silenced voices in times of "equality"*. *Pain from a gendered perspective*, with the aim to reflect the new methodological aspects of our work, which are different from the original methodological proposal of the original research project. Considering this we have worked in two parallel levels. The first one is a narrative analysis of these life stories, an analysis that has been complemented with the use of an intertextual approach. At the same time we've written a reflexive narrative about our analysis, as a way to visualize the subjective and socio cultural texts that configure chronic pain, from a gendered perspective.

Schöngut Grollmus, Nicolás y Pujal i Llombart, Margot (2014). Narratividad e intertextualidad como herramientas para el ejercicio de la reflexividad en la investigación feminista: el caso del dolor y el género. *Athenea Digital*, 14(4), 89-112. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1373>

Introducción

Este artículo nace de la idea de hacer un retorno a los relatos de vida que han sido producidos en el marco del proyecto de investigación *Les veus silenciades en temps "d'igualtat"*. *El dolor des d'una perspectiva de gènere*². El proyecto inicial tuvo como objetivo general deconstruir la visión hegemónica y neopatriarcal del fenómeno del dolor cronicado en las mujeres la cual es individualizada, androcéntrica, (psico)patologizante, dicotómica y biologicista. Al mismo tiempo, también afecta a éstas en una pro-

¹ El presente artículo fue elaborado en el marco de mi participación en el Programa de Estudios de Doctorado en Psicología Social, del Departamento de Psicología Social, de la Universidad Autònoma de Barcelona.

² Los resultados en relación a esta parte del estudio de campo están en Amigot y Pujal (2014) que actualmente se encuentra en proceso de revisión.

porción según la cual nueve de cada diez personas afectadas son mujeres. Hemos abordado este objetivo mediante el análisis de sus organizaciones sociales (colectiva y discursiva) en Cataluña, en un momento de transformación de las expresiones y prácticas machistas. Para esto se contempló el trabajo con personas de tres formas diferentes para la producción de datos: recopilación de materiales provenientes de foros de internet², grupos de discusión y relatos de vida individuales. Aunque dado nuestro objetivo en este artículo, sólo retomaremos la parte que contempla a estos últimos. Las tres técnicas estuvieron enfocadas en el trabajo con personas diagnosticadas clínicamente de patologías médicas asociadas al dolor crónico (DC), específicamente con el diagnóstico clínico de fibromialgia (FM). Asimismo fueron elegidas para poder dar cuenta de la organización de lo psicológico, de lo social y del género como las dimensiones implicadas en la producción de un "nuevo sujeto del DC" entendido éste como un sistema estructural, subjetivo, dinámico y generizado, en contraste con un sujeto individual binario y androcéntrico, determinado por la diferencia sexual biológica y/o psicológica. Los datos de los relatos de vida fueron analizados inicialmente bajo una propuesta metodológica de análisis que denominamos como *diagnóstico psicosocial de género*, que consistió en una metanarrativa elaborada a partir de los relatos de vida previos, que pretendía capturar y organizar de manera dinámica las diferentes variables bio-psico-sociales que se entrecruzan y que al mismo tiempo pueden dar cuenta de la emergencia del dolor y su cronificación. Los diagnósticos psicosociales de género, articulados con los diagnósticos clínicos, se presentaron como una herramienta para la organización de la información, que permitiera la recuperación de las experiencias conflictivas relacionales y socio-históricas de las mujeres afectadas, siguiendo un hilo conductor sincrónico y diacrónico de la vida de las personas, puesto que dichas experiencias fueron encerradas al interior de la caja negra del diagnóstico clínico o categoría patológica. Dichos diagnósticos también se mostraron como herramienta para la intervención integral en salud, en el sentido de que presenta a la persona afectada en relación al conjunto de variables asociadas al DC / FM organizadas alrededor de su vida. Esto permite producir resultados que se presentan de manera vinculada y articulada, como si se tratase de un sistema (puesto que hablamos de desigualdad estructural de género) en el que se integran dichas dimensiones para la construcción/producción de un cuerpo con dolor crónico, que deja de ser orgánico, pasivo y separado del yo, así como de su contexto, historia y relaciones de poder³. Con esta investigación inicial sobre el dolor se ha construido una alternativa epistemológica, teórica y metodológica a la actual y exacerbada medicalización y psicopatologización de la vida y sufrimiento de las mujeres —u otras posiciones subalternas— la cual no hace más que ahondar dicho malestar y posición de desigualdad socio-histórica.

En este contexto nuestro artículo se enfoca nuevamente en los relatos de vida como recurso empírico, entendidos como narrativas que se han articulado respecto al diagnóstico de DC de las participantes y la relación con su experiencia, con el objetivo de dar cuenta de las condiciones metodológicas en que se han producido. Los relatos de vida son una forma de método narrativo ligado a lo biográfico (Kohler Riessman, 2008) y por lo tanto opera como una forma de investigación como praxis donde el intercambio lingüístico que toma lugar en la producción de ese relato, no sólo opera como una técnica de recolección de datos. Ese relato, al tomar forma narrativa, es también una forma de organización de la experiencia y de producción de significado, acciones que son dinámicas y que se transforman durante ese intercambio lingüístico, convirtiéndose así en una forma de intervención (Rodríguez, 2002). La narrativa se transforma en un lugar de encuentro entre dos subjetividades, la de la participante y la de la investigadora, que se articula con el objetivo de organizar y dar sentido a una experiencia. Pensar la práctica investigativa como un encuentro entre dos subjetividades, desplazando su concepción tradicional de sujeto-objeto, tiene algunos efectos importantes que no podemos dejar de mencionar. En primer lugar, es una forma de teorización colaborativa, como lo llamará Patty Lather (1986). La persona participante no es sólo una “fuente de datos”, que luego son extraídos y analizados. Por el contrario, es un activo fundamental, un sujeto experto en su propia experiencia, que es capaz de ser analítico y reflexivo. Por ende, ese encuentro allí producido, es una colaboración en torno al análisis y teorización de esa experiencia que el sujeto revela. En segundo lugar, Lather (1986) también dirá que todo intercambio lingüístico —aquel intercambio que tiene lugar en el proceso de teorización colaborativa— no es inocuo, sino que tiene efectos concretos en tanto es capaz de cambiar las significaciones en torno a la experiencia, y con ello también la forma en que actuamos en virtud de ella. El objetivo aquí, al introducir esta noción, es romper la relación sujeto-objeto en el proceso de investigación científica mainstream para convertirlo en una relación sujeto a sujeto. La relación sujeto-objeto es una relación forjada en la metáfora baconiana y androcéntrica tradicional de la ciencia, y la producción de conocimiento sobre las mujeres y otras posiciones subalternas. Al subvertir esa relación, se nos abre la posibilidad de producir un conocimiento emancipador —en palabras de Lather (1986)— para las posiciones subalternas y no-hegemónicas.

Una narrativa ocupa un lugar transicional entre lo psicológico y lo sociocultural, donde la subjetividad aparece como un proceso activo que media la relación del individuo con su entorno, en virtud de otras narrativas socioculturales disponibles, y cómo el sujeto logra inscribirse en ellas, contestarlas, transformarlas, etc. (Day Sclater, 2003). De esta manera la narrativa es un texto abierto que está en constante relación con otros textos (sociales, psicológicos, de género, etc.) donde es afectada por éstos al mis-

mo tiempo que también los afecta (Elkad-Lehman & Greensfeld, 2011). Con ello se rompe con el discurso científico mainstream, y sus pretensiones de objetividad y neutralidad al construir al sujeto como un hecho dado y no una producción socio-histórica y discursiva que pretende regular. Esta cuestión afecta sobre todo a los sujetos y grupos que ocupan posiciones subordinadas, como las mujeres o personas que no responden a la normatividad de género.

Con esto en consideración, al re-enfocarnos en los relatos de vida que hemos coproducido con las participantes, nuestro objetivo es reflexionar tanto sobre las condiciones de producción de estos relatos, como sobre lo que hemos hecho como investigadoras posteriormente con éstos. Asumiendo tanto nuestra responsabilidad como nuestros límites como personas investigadoras en relación a la producción de conocimiento, en el sentido del conocimiento situado de Haraway (1988), el trabajo con las distintas narrativas que han emergido en este proyecto se basa en el reconocimiento de dos nociones que pueden estar presentes en un texto: la narratividad y la intertextualidad. Así, a partir de esta experiencia de investigación, lo que se pretende hacer es producir propuestas que desarrollen el uso de la reflexividad por medio del trabajo con narrativas como metodología y método de investigación, en tanto la perspectiva narrativa no sólo presta técnicas de recogida y análisis de datos, sino que también opera como metodología en tanto es una base teórica que permite diseñar cómo nuestra investigación debe proceder (Harding, 1987).

Nuestra hipótesis es que la narratividad y la intertextualidad sirven para crear abordajes metodológicos reflexivos en un proceso de investigación, en tanto son nociones que rescatan aspectos históricos y contextuales que mejoran la visibilización del lugar psico-social en que nos encontramos como investigadoras, así como las diferentes fuerzas (lo inconsciente, los discursos sociales, las relaciones interpersonales, etc.) que moldean nuestra experiencia y logran afectar nuestro trabajo. En este sentido la denuncia feminista de la pretendida objetividad, neutralidad y racionalidad científicas que constituyen la base de la naturalización, invisibilización y reproducción científicas de las desigualdades de género, permite deconstruir estas pretensiones de la ciencia androcéntrica para establecer una producción de conocimiento más responsable, transparente y democrática. A través de la reflexividad, la investigadora puede mirarse parcialmente a sí misma como efecto de poder, que funciona a nivel tanto subjetivo como institucional, permitiéndole desplazar su posición para una producción de conocimiento más democrática y emancipadora. La narratividad lo hace en la medida que rescata la idea de un texto narrativo como proceso, donde el intercambio lingüístico entre investigadora y participante no sólo construye un relato, sino que al hacerlo produce también su significado (Rodríguez, 2002). La persona de la científica deja de es-

condense y da cuenta de su trabajo activo tal y como se reclama desde la epistemología feminista. La narratividad es lo que permite —desde una posición en el presente— hacer una lectura del relato en función del pasado, dejando el conocimiento (producido en un contexto científico en este caso) contextualizado en función de su proceso (Morson, 2003). Este es un proceso de investigación situado donde la persona investigadora se encarna y se desplaza de su posición masculina hegemónica, burguesa y heterosexual. La intertextualidad aparece en tanto que “todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto. En lugar de la noción de intersubjetividad se instala la de intertextualidad” (Kristeva, 1997, p. 3). Así nuestras narrativas de investigación, tanto las del trabajo de campo, producidas a partir de los relatos de vida, como también las que son producto del análisis de los datos, quedan en una relación de reciprocidad con otros textos subjetivos y socioculturales respecto al género, al dolor y al cuerpo. Esta relación permite disolver la jerarquía entre conocimiento científico y otros (reificación, objetivación, etc, todo es relacional y construido) en la que se basa la retórica científica mainstream para su ejercicio autoritario y colonizador de las posiciones subalternas, como ha puesto de manifiesto la epistemología feminista (Haraway, 1988; Harding, 1987). Ninguno de ellos parte de una tabla rasa, sino que son producto de la articulación de diferentes textos presentes en la participante y en la investigadora. Considerando la perspectiva de proceso que aporta el trabajo con la idea de narratividad, así como la reciprocidad entre los textos que pone en juego un análisis intertextual, nuestra intención es poner a prueba estos conceptos como estrategias de análisis narrativo que permiten desarrollar una mayor reflexividad sobre el proceso de investigación. Entendemos la reflexividad como una promoción de prácticas autocríticas introspectivas (Kaufman, 2013) que abordan el rol que cumplimos en un proceso de investigación dado, reconociendo las diferentes dimensiones que entran en juego, así como también las relaciones de poder. La reflexividad es central para la intervención en las relaciones de poder subjetivadas en la producción de conocimiento que propone la epistemología feminista en general (Haraway, 1988; Harding, 1987), y la noción de una vida psíquica del poder en particular (Butler, 1997). La reflexividad no tiene recetas o procedimientos precocidos, ni para su definición ni para su práctica. Lo que cuenta es encontrar estrategias para análisis reflexivos, con el objetivo de ayudar a contextualizar nuestras relaciones como investigadoras con los fenómenos que ocupan nuestra atención científica y académica (Gough y Madill, 2012). Dicho lo anterior, este artículo apunta precisamente a desarrollar esas estrategias en el contexto del estudio de las relaciones entre el género, el dolor cronificado y la subjetividad. Para ello hemos desarrollado el artículo con la siguiente estructura, donde a la presente introducción le sigue un espacio de discusión respecto a los principales conceptos que utilizaremos. Después damos paso a una primera narrativa, escrita a partir de nuestras lecturas e interpretaciones de los relatos de vida sobre DC como forma de ilustrar al-

gunos de los resultados del proyecto. Luego presentamos a una segunda narrativa, que es el producto de un proceso de lectura crítico y reflexivo de nuestro propio texto.

Nociones para abrir la caja negra de la investigación: reflexividad, intertextualidad y narratividad

Hemos dedicado esta sección a explicar nuestra comprensión sobre ciertas nociones que resultan centrales de discutir y comprender para el objetivo de este texto. Estos son los conceptos de reflexividad, narratividad e intertextualidad en la investigación social. La reflexividad nos resulta fundamental como un concepto —en primer lugar— que nos permite abrir la caja negra y dar cuenta de lo que ocurre y lo que hacemos en un proceso de investigación, considerando las dimensiones de lo subjetivo, lo sociocultural y sus relaciones de poder, entre otras. Por otro lado, nuestra hipótesis de trabajo para este texto es que las prácticas de investigación social que se desprenden desde los conceptos de narratividad e intertextualidad, pueden desarrollarse de una forma tal que permitan promover una escritura reflexiva en este contexto. Por lo tanto a continuación discutimos algunas ideas sobre la noción de reflexividad, para luego hacer lo propio con las ideas de narratividad e intertextualidad, y las formas en que éstas pueden servir de mecanismos reflexivos en nuestra escritura.

Reflexividad: una forma de interrogar al sujeto

Para George Marcus (1994) la reflexividad se constituye como una parte integral de todo discurso y acto de habla, en la medida que ambas acciones responden a usos del lenguaje, por lo que la reflexividad no es una opción —o al menos no en su sentido esencial—. Para Marcus (1994) la pregunta por la reflexividad entonces, es una pregunta por cómo lidiar con ella, y cómo hacer de ella un uso estratégico para cumplir con ciertos propósitos teóricos e intelectuales. En este sentido habla de dos formas de reflexividad: esta primera forma denominada reflexividad esencial, que es integral al uso del lenguaje, y una segunda forma de reflexividad —en su función estratégica— a la cual llama reflexividad ideológica. Ésta tiene efectos concretos en la producción de conocimiento y la investigación científica, en tanto se hace preguntas como por ejemplo si la reflexividad es una licencia o un método en sí misma, “cuánta” reflexividad debe tener lugar en un proceso de investigación, en qué partes del texto o la escritura científica debe aparecer y en qué formas, así como también se hace la pregunta fundamental: por qué debemos lidiar con la reflexividad en nuestras prácticas de investigación (Marcus, 1994).

Las respuestas y discusiones en torno a estas preguntas son diversas, sin embargo rescatamos una noción de reflexividad proveniente de las epistemologías feministas, donde se entiende como una práctica de la posición (Albertín, 2009). “La posición no es una identidad, sino cada uno de los lugares desde donde actúa (o enuncia) un sujeto. Un sujeto puede ocupar distintas posiciones o lugares de enunciación en diferentes momentos” (p. 6). En este sentido podemos desmarcar la práctica de la reflexividad (o más bien práctica reflexiva) de una estructura identitaria específica, y más bien comprenderlo como un proceso de ocupación de diferentes lugares subjetivos, sociales, culturales, textuales, etc. Esta búsqueda de la posicionalidad de la persona investigadora se entiende como una estrategia de la producción del conocimiento más democrática y menos androcéntrica donde sólo la ocupación de una posición específica, y no la idea de un conocimiento ni trascendente ni relativo, permite la posibilidad de preguntarse por una objetividad real que permite la formulación de preguntas y críticas sobre el conocimiento y sus diversas condiciones de producción (Albertín, 2009; Haraway, 1988). Para Pilar Albertín (2008) la práctica de una reflexividad ideológica —según la categorización de Marcus (1994)— permite “conseguir un texto abierto a planteamientos éticos y epistemológicos” (p. 7). Este es un texto que en primer lugar logra “abrir la cocina” de la práctica investigativa, dando cuenta de las condiciones y contextos de un determinado proceso. Para Albertín (2009) “aporta comprensión a la/s situación/es psicosocial/es a la que se aproxima el investigador/a, y a la vez es una fuente de exploración de cuestiones epistemológicas” (p. 7). En segundo lugar, la práctica reflexiva permite escribir textos que tengan motivaciones ético-políticas, en los cuales se pueda dar cuenta de “la objetivación sobre otras posiciones y discursos, el cuestionamiento (para qué, para quién) que pueden conducir cambios en el propio investigador/a en un sentido emancipador” (Albertín, 2009, p. 7). Así la reflexividad puede entenderse como una práctica de la posición de la subjetividad de la investigadora, donde la subjetividad “se construye a través de un complejo entramado de significados, de afectos, de hábitos, de disposiciones, de asociaciones y de percepciones resultantes de las interacciones del sujeto y de cómo éste las interpreta/construye a través de los deseos posibles” (Pujal, 2003, p. 139). De esta forma la subjetividad —según Pujal (2003)— no es un efecto de la experiencia “genuina e individual” (p. 139) sino que una experiencia mediada por las relaciones interpersonales y el lenguaje.

Para Jackson (2009) la dificultad en la práctica reflexiva radica en dos aspectos: el primero es que la reflexividad funciona de una forma prescriptiva, respecto a las exigencias que hace a las investigadoras en la mirada autocrítica sobre el cómo sus acciones impactan en un proceso de investigación, pero que —en su segundo aspecto— al mismo tiempo es precautoria, en tanto se pregunta hasta dónde se pueden descolgar las conclusiones de esos procesos de los aspectos circunstanciales y contextuales del

proceso (Jackson, 2009). Las acciones que pueden tomar lugar en un proceso de investigación no responden únicamente a acciones estratégicas y planificadas. Pese a la lógica y razonamiento que existe tras el diseño y la ejecución de un proceso de investigación, en la práctica investigativa operan también otros niveles y dimensiones. Albertín (2009) propone cuatro dimensiones que entran en juego en la relación entre reflexividad e investigación: la del sujeto que investiga, del microcontexto donde se lleva a cabo el proceso, la dimensión de los discursos sociales implicados, y por último una dimensión relativa a la escritura y retórica del texto. El reconocimiento de esta multidimensionalidad del proceso de investigación implica la necesaria consideración de aspectos como las relaciones de poder y dinámicas psíquicas, entre otros mecanismos de sujeción, en tanto que si sólo tomamos en cuenta los aspectos que operan en un nivel racional o consciente, el proceso de investigación pierde inteligibilidad. En este sentido debemos también considerar una quinta dimensión, propuesta por Pujal (2003), que se relaciona con aquello que no es sabido ni pensado, pero que se actúa de igual forma. Estas corresponden a:

Otras acciones significativas que contribuyen también a fijar la realidad por lo que deben ser tomadas en cuenta para profundizar el cambio. Se trata de prácticas extradiscursivas que atraviesan el discurso, muchas veces invisibles mediante la razón práctica —o la interacción— e invisibles a través de la razón abstracta, lo que no les exime de estar saturadas de significación socio-histórica (Pujal, 2003, p. 132, cursivas del original).

Este es un efecto de la fractura del sujeto moderno que deja de ser transparente a sí mismo, queda descentrado y pierde autonomía, dando paso a una interdependencia que se juega en un espacio de no-control (Pujal, 2003). Cuando entendemos que la figura de la investigadora está sujeta a ese espacio, que también está atravesado por diferentes fuerzas (ya sean dispositivos del poder o del inconsciente) y a la imprevisibilidad que eso supone, la reflexividad debe convertirse o ser practicada mediante estrategias que permitan hacer inteligibles (o al menos parcialmente) aquellas partes del proceso que escapan a nuestra comprensión in-situ. El sujeto de la persona investigadora no escapa ni tiene un estatuto especial respecto a las formas y mecanismos de sujeción. Si un sujeto “está siempre inserto en una trama de relaciones previamente inexistentes de las cuales depende” (Pujal, 2003, p. 132), no es posible practicar la reflexividad de forma plena en tiempo presente. La reflexividad es una práctica que, como las relaciones del sujeto, se lleva a cabo de forma retrospectiva/reconstructiva de las condiciones de producción en que se ha llevado a cabo un determinado proceso de investigación. Por todo ello, las dificultades referidas a la introducción de la reflexividad pueden finalmente entenderse como la asunción de un límite dinámico y humano a la producción del conocimiento sobre nosotros mismos, pero un límite que nos abre posibili-

dades para una discusión democrática del conocimiento. Desde el feminismo podríamos hablar de límite a la posición androcéntrica de sujeto masculino de la modernidad.

Estrategias para implementar prácticas reflexivas en la investigación: intertextualidad y narratividad como estrategias de lectura y escritura

En el apartado anterior hemos localizado dos problemas relativos a la práctica de la reflexividad —o práctica reflexiva— en la investigación social. El primero tiene que ver con la dimensión de la temporalidad de las relaciones intersubjetivas que se dan en la práctica de la investigación, mientras que el segundo tiene relación con la dimensión de lo no-dicho, de los aspectos extra-discursivos que tienen lugar en el proceso. A este nos gustaría agregar un tercer problema, y es respecto al lugar donde se practica la reflexividad. Si las relaciones intersubjetivas se construyen de forma a posteriori a la interacción, no es posible acceder a éstas de forma directa. En la práctica investigativa lo que queda de éstas son textos que, a su vez, no tienen un carácter representativo, sino que más bien corresponden a cristalizaciones del espacio y de las conexiones compartidas durante el proceso de investigación. Entre la interacción que se produce en el trabajo de campo y la cristalización de ésta a la que accedemos posteriormente, lo que hay es un proceso de entextualización, donde un acto de habla se descontextualiza respecto a su interacción original, para luego ser recontextualizado como texto escrito (Trester, 2012). La entextualización es el proceso de producción de un discurso como texto que se desprende de su contexto local (Silverstein y Urban, 1996; Trester, 2012). Por tanto, la reflexividad y las preguntas por las condiciones de producción de conocimiento quedan sometidas a una pregunta por las condiciones de producción de un texto en particular.

Julia Kristeva (1997) propone que todo texto es un “mosaico de citas” (p. 3), reemplazando así la idea de relaciones intersubjetivas por la noción de relaciones intertextuales, donde el texto-mosaico constituye ese lugar de encuentro, y también de desencuentro, si atendemos a las relaciones de poder. Kristeva desarrolla la noción de intertextualidad a partir de los trabajos de Mikhail Bakhtin (1981), quien argumenta que cada acto lingüístico responde a una expresión única, producto de una interacción social y un contexto específico, condicionada a su vez por actos lingüísticos anteriores, propios o ajenos. De esta forma la persona hablante toma en cuenta lo que se ha dicho anteriormente, considera la forma en que sus palabras se recibirán por quien escucha o lee, y se expresa a partir de las conclusiones de esa reflexión, así todo acto lingüístico, toda *pronunciación* es diálogo (Elkad-Lehman y Greensfeld, 2011) y/o conflicto añadimos, para precisar. Con la intertextualidad los textos dejan de ser estructuras cerradas,

son objetos dialógicos y abiertos que están en constante relación con otros textos. Rebecca Rubin Damari (2010) propone que por medio de la intertextualidad es posible describir el enganche de un sujeto hablante con textos anteriores, ya sean escritos o hablados. En este sentido, para Rubin Damari (2010) el uso de la intertextualidad, como una estrategia de análisis de la posición de cada sujeto al hablar, permite acciones como solidarizar con otro sujeto hablante, evaluar o analizar otros actos lingüísticos o subrayar las posiciones del sujeto que han quedado cristalizadas en el texto. Para ella el dialogismo mediado por la intertextualidad, no está necesariamente limitado a una única interacción, en tanto las posiciones que toman lugar en el texto pueden estar localizadas en grandes distancias temporales.

Si la intertextualidad permite producir una cartografía de las posiciones en un texto, ¿qué estrategias metodológicas se pueden desprender del concepto entonces? La intertextualidad, en tanto posible estrategia metodológica, se resiste a la operacionalización. Para Iván Villalobos (2003) la operacionalización de la intertextualidad es limitar y restringir la noción en su uso. Operacionalizar el concepto “contradice cierta concepción de la teoría del texto y de la semiótica como procesos en marcha, como constante reflexiones sobre sus propios fundamentos” (Villalobos, 2003, p. 139). El concepto “operacionalizar” hace referencia a un registro positivista respecto a la medición y control de determinadas variables. La intertextualidad está en un registro epistemológico diferente (Villalobos, 2003), razón por la cual esta noción se resiste a ser fracturada en un conjunto de operaciones técnicas. En este sentido la intertextualidad se debe entender más como una estrategia de lectura que como una práctica técnico-metodológica. Según Ilana Elkad-Lehman y Hava Greensfeld (2011) en el ejercicio de la lectura intertextual se crea un espacio tridimensional entre quien emite (autora o narradora de un texto según corresponda), quien recibe (constituido por posibles lectoras o la persona quien escucha) y el texto mismo. En este espacio emergen una serie de conexiones que pueden dirigir a la persona lectora hacia otros subtextos, hacia el recuerdo de su experiencia personal, hacia objetos anteriores de conocimiento, su comprensión del mundo, e incluso a reflexiones sobre sus prácticas políticas e ideológicas. Para Elkah-Lehman y Greensfeld (2011) todos estos son textos que configuran una red en la cual la lectura intertextual se transforma en un proceso hermenéutico que encuentra su base simbólica en esta red. Pese a que el texto sobre el cual se lee, al cual nombraremos texto primario, es producto de una cristalización o sedimentación de prácticas intersubjetivas, da origen a un proceso dinámico que no busca estabilidad, sino por el contrario, busca que la persona lectora produzca una interpretación del texto en base a los movimientos a partir de ese mosaico de citas implícitas en la que el texto primario se transforma. La intertextualidad permite, como ejercicio o práctica de lectura, producir a posteriori las condiciones en que un texto determinado emerge, condiciones que a su

vez no son objetivables, sino que se construyen a partir de la red de conexiones semánticas y semióticas del propio sujeto lector.

Mientras que la intertextualidad es una estrategia que permite reconocer conexiones, la narratividad es una noción que se ocupa de la temporalidad y de la dimensión de proceso en una narrativa. Para Paul Ricoeur (2000) una narrativa se puede llevar a cabo con una diversidad de sentidos diferentes, tanto en su forma como en el uso, y que como consecuencia de esta dispersión, se ha ramificado en géneros muy específicos. Pese a ello la narratividad permite, dentro de una narrativa “señalar, articular y aclarar” (Ricoeur, 2000, p. 191) la dimensión temporal de la experiencia. La narratividad es una cualidad (Morson, 2003) que puede tener un texto, en tanto ordenamiento de unidades de discursos más extensas que una frase (Ricoeur, 2000). Esta cualidad por sí misma no nos permite distinguir si un relato constituye una narrativa o no, esta diferencia es posible de hacer mediante el análisis de otros factores, como por ejemplo la presencia o no de una trama en un relato (Polkinghorne, 1988). Una cronología que enumera hechos al azar constituyen un relato pero no una narrativa, un ejemplo de esto es el anexo cronológico de la entrada de la Segunda Guerra Mundial en Wikipedia:

Año 1939

10 de septiembre: embarque de la Fuerza expedicionaria británica con destino a Francia. Comienzo de la Batalla del Atlántico.

12 de septiembre: los alemanes llegan a Leópolis.

13 de septiembre: constitución del gabinete de guerra Daladier.

14 de septiembre: caída de Gdynia.

15 de septiembre: soviéticos y japoneses firman un armisticio para saldar sus enfrentamientos en Asia.

16 de septiembre: la resistencia civil en Varsovia es finalmente aniquilada por los alemanes (Anexo: Cronología de la Segunda Guerra Mundial, s.f., párrafo 17).

Aunque el relato cuenta sucesos que tienen relación con un mismo fenómeno, los sucesos en sí mismos no tienen relación unos con otros: nada tiene que ver la caída de Gdynia, ciudad polaca, con el armisticio firmado por rusos y japoneses. La narrativa como mínimo debe ofrecer una trama, una relación entre dos hechos. Si continuamos con el ejemplo, pongamos nuestra atención esta vez no sobre los anexos, sino sobre el artículo principal de la Segunda Guerra Mundial en Wikipedia:

Los franceses se movilizaron lentamente y después sólo hicieron una ofensiva de «demostración» en el Sarre, que pronto abandonaron. Mientras, el 8 de septiembre, los alemanes alcanzaban Varsovia, tras haber penetrado a través

de las defensas polacas, y comenzaron el asedio de Varsovia (8-28 septiembre). (Segunda Guerra Mundial, s.f., párrafo 32).

En este relato se puede identificar una narrativa en tanto logra relacionar de forma implícita los hechos del 10 de septiembre con los del día 16: podría una persona historiadora hipotetizar que la lentitud francesa impidió un apoyo militar a los polacos, por lo tanto cayó Varsovia. Este es un ejemplo de narrativa sin narratividad. Esto se debe a que no hay visión de proceso en esta narrativa, una visión que está dada no sólo por la relación de los hechos entre sí (la lentitud francesa implicó la caída de Varsovia), sino por la posibilidad de trazar posibles consecuencias y a partir de un contexto pasado (Morson, 2003), es en este sentido que la visión y sentido de proceso es esencial para la narratividad pero no para una narrativa. La narratividad hace una lectura presente respecto a sucesos pasados, intentando proyectar posibles futuros. Existen situaciones en las que no tiene sentido crear una narrativa que tenga narratividad: cuando el tiempo se convierte en una variante irrelevante para un determinado análisis. Si al momento siguiente no hay más de una posible alternativa posible, los sucesos pasados son irrelevantes. Gary Saul Morson (2003) llama a esto *tiempo abierto*, para que un momento presente tenga peso —condición fundamental de la narratividad— tiene que existir más de una alternativa a suceder en el momento siguiente. El presente presta las condiciones contextuales necesarias para hacer esa lectura posible. De esta forma, tal y como la intertextualidad es una forma de lectura de las posiciones intersubjetivas cristalizadas en los textos (posiciones intertextuales), la narratividad es una estrategia de escritura que nos permite rescatar la dimensión de proceso y las formas de relación entre distintos hechos de un determinado fenómeno.

El ejercicio de una lectoescritura narrativo-intertextual nos permitiría abrir la caja negra en la que muchas veces se ocultan las prácticas de investigación, en la medida que nos da estrategias de reflexión en relación a nuestro propio proceso y posición como personas investigadoras. Dada la especificidad de cada investigación, de cada propuesta teórica y de la posición que cada investigadora ocupa o puede ocupar, no es posible —ni recomendable— hacer una prescriptiva para lectoescritura narrativo-intertextual. En el estudio del género y el dolor crónico, más bien hemos dado paso a una hermenéutica que permite acercarse y comprender el rol de las diferentes dimensiones del género, de lo subjetivo y de lo sociocultural que entran en juego, por medio de las relaciones textuales que se pueden establecer mediante la teoría de la intertextualidad, y el foco en la escritura como proceso desde la narratividad.

Un ejemplo de lecturas intertextuales: dolor crónico y el binarismo de género

En este apartado trabajaremos algunos de los resultados del análisis de los relatos de vida producidos en el marco del proyecto *Les veus silenciades en temps "d'igualtat". El dolor des d'una perspectiva de gènere*, elaborado como se ha dicho desde una perspectiva feminista desmedicalizadora y socio-cultural para visibilizar el sistema sexo/género como contexto de vulnerabilidad. Dado que en la elección de participantes se tomó en cuenta que de cada 10 personas que sufren dolor crónico con un diagnóstico de fibromialgia, una persona es hombre, aproximadamente un 10% de las personas entrevistadas fueron hombres también. Con esto en consideración, para este artículo hemos tomado en particular los relatos de vida de Alberto y Carlos¹, dos personas que han participado del proyecto, y que en cuyas historias aparecen ciertas especificidades respecto a la vivencia del dolor crónico con diagnóstico de fibromialgia y los malestares que padecen en relación a la categoría de género. Hemos considerado tomar como relevante esta especificidad en la medida que la fibromialgia se considera para las personas participantes y para el modelo biomédico hegemónico como una enfermedad de mujeres principalmente. Este es un elemento relevante en la medida que la fibromialgia es un dolor crónico sin causa orgánica, similar a las histerias femeninas que describe el psicoanálisis de comienzos del siglo XX, pero que atrapado por la esfera biomédica ha sido tratado como un problema individual y como un asunto de mujeres (Pujal, Mora, Albertín y Amigot, 2011).

Desde la posición biomédica, el dolor crónico con un diagnóstico de fibromialgia pasó de ser una enfermedad que no tenía nombre a una que sí lo tiene, pero que persiste en la carencia de un sentido conectado a la experiencia ni a un contexto social o histórico (Pujal et al, 2011). La propuesta original del proyecto consistía en analizar el fenómeno del dolor crónico a partir de la identificación de su organización social, subjetiva y de género, con el objetivo de renunciar a la concepción biomédica y estereotipada de la fibromialgia. En el contexto de este artículo, si el género es parte de la organización tridimensional del dolor crónico y la fibromialgia, nuestra intención es comprender algunas de las relaciones entre la construcción binaria del género y el estigma de la fibromialgia como asunto de mujeres, a partir de los relatos de vida de hombres que viven con dolor crónico. Dicha conceptualización hegemónica biomédica del dolor tiene consecuencias de diversos tipos: sobrediagnóstico en mujeres e hipodiagnóstico en hombres que afecta al reconocimiento real del malestar en ambos, y revictimización de ambos mediante una psicopatologización y estigmatización de las mujeres afectadas e invisibilización del dolor en hombres. Hemos seleccionado en particular los relatos de dos hombres, dado que son las mismas personas participantes quienes logran

dar cuenta del prejuicio biomédico sobre la relación mujeres-fibromialgia en sus relatos, a partir de determinadas lógicas de género. Al respecto presentamos dos fragmentos del relato de vida de Alberto:

Fragmento 1:

Alberto: (...) Luego el típico como ensayo que, me lo están haciendo y hoy eso, ahora más que cuando estaba mentalizado, no lo había oído hasta ahora, hasta este año ¿no? es decir, oye ¿pero esto no es una enfermedad de mujeres? que al principio nunca me lo habían dicho, pero ahora...

Entrevistadora: ¿y eso quién te lo dijo?

Alberto: la gente, que oyes pues que yo también estuve con fuego, con fibromialgia, mujeres, hombres me lo dicen oye, pero esto no es una enfermedad de mujeres y me dicen, jolín, hasta en esto te ha tocado ¿no? la incompreensión de (suspira) es verdad que yo sabía que un tanto por ciento más disminuido pero bueno...

Entrevistadora: ¿tú cómo lo vives cuando te dicen esto?

Alberto: eeh, mal. O sea, porque yo es que todavía, o sea, yo veo que la enfermedad la acabo de aceptar yo ahora.

(Alberto, Entrevista personal, 20 de mayo de 2010)

Fragmento 2:

Alberto: pero yo creo que el, a ver, la mujer es más propensa puede ser que a quejarse, mmm, en el sentido de enfermedades, pero no, pero tiene una capacidad de sufrimiento mayor y el hombre sí que, no sé, aquello que mm, no sé, yo creo que es una especie de casi de tabú, el explicar también unos síntomas, algunas cosas ¿no? A mí me sorprendió mucho ¿eh? Verla cuando me enteré, que, que había un tanto por ciento de hombres que era tan inferior.

Entrevistadora: bajo.

Alberto: tan bajo, muchísimo, no me lo esperaba, y me molesta mucho cuando me dicen, esto es una enfermedad de mujeres o sea, yo me duele cuando lo oigo.

Entrevistadora: te duele, pero te duele en el sentido que puedes sentir que igual pues que eres, tienes como feminidad.

Alberto: a ver, no lo dijo en plan de broma ¿no? Pero bueno cuando se dicen las cosas, aunque sea en plan de broma siempre el subconsciente trabaja ¿no?

Entrevistadora: sí.

Alberto: y esta frase fue dicha por un doctor, o sea (se ríe) y me dice, dice oye pero esto no es de mujeres, el doctor, y dice hombre menos mal que tienes los

cinco hijos sino, tú, yo, ya me daría a mí que dudar sobre las hormonas y a ver si es un problema de hormonas y claro y dice es, a ver comentario fuera de lugar ¿no? pues si puede haber que en el subconsciente esté su idea.

Entrevistadora: pero eso te lo dijo él, tú no, no, en esto no has estado dando vueltas.

Alberto: no, he empezado a darle vueltas.

Entrevistadora: ¿ahora?

Alberto: mm, el oírlo, el irlo viendo ahora tan más a menudo, sí que empieza uno a decir, oye, porque hay tan pocos hombres ¿no? y a ver, sé que no es así pero, te, te, si, empiezas a preguntar, las cosas, a ver si hay un tipo hormonal, o yo qué sé, a ver, no, no es que le esté haciendo caso ni muchísimo menos pero, pero a mí no me gusta el comentario cuando lo oigo.

(Alberto, Entrevista personal, 20 de mayo de 2010)

En el primer fragmento aparece un malestar por parte de Alberto asociado a la disonancia cognitiva que le produce el diagnóstico de fibromialgia en hombres, en la medida que pareciera que el fenómeno “dolor crónico sin causa o correlato físico-biológico” pareciera ser incompatible con la categoría “hombre”. Aparece también la vivencia de la fibromialgia y el dolor crónico como algo ajeno, descontextualizado, donde el malestar del dolor crónico no es un fenómeno que se vive corporeizadamente, sino que es externo al sujeto y por lo tanto debe ser aceptado. En el segundo fragmento asociado a la misma problemática, Alberto comienza a construir una relación entre fenómeno y categoría. Esta relación está cruzada por aspectos discursivos y extradiscursivos. Respecto a los primeros, Alberto condensa una serie de categorías diferentes, producto de una diferencia entre ser hombre y no-hombre. Frente a la broma del médico, donde éste le sugiere que la fibromialgia es una enfermedad de mujeres por lo que si no tuviese hijos debería hacerle un “examen hormonal”, Alberto moviliza recursos para reflexionar respecto a sus comprensiones de género, produciéndose una suerte de choque entre las narrativas sociales y culturales sobre la masculinidad y las posibles producciones al respecto que Alberto es capaz de hacer. Sobre los aspectos extradiscursivos, Alberto da cuenta que la broma del médico es “poco respetuosa” a su condición masculina, en la medida que el chiste es algo más y dice algo más de lo que pretende hacer y decir. Esto ocurre precisamente al ser el chiste un fenómeno en parte “subconsciente” (sic) para Alberto. Este uso particular del lenguaje —la utilización de la noción subconsciente— refleja una posición superpuesta entre diferentes textos, similar a lo propuesto por Gérard Genette (1997) y Elkad-Lehman y Greensfeld (2011). Para ellas es posible encontrar un hipertexto: texto de segundo grado creado sobre la base de otro texto, que las autoras denominan hipotexto. Si el hipotexto no es conocido para

quien lee o escucha, el estatus y significaciones del hipertexto cambian en la medida que se interpretan como textos independientes. De esta forma, en la narrativa de Alberto respecto al dolor crónico y la fibromialgia como enfermedad de mujeres se acusan dos textos superpuestos respecto al género: un hipertexto que evidencia la imposibilidad de reconocer la fibromialgia como enfermedad de hombres —el texto biomédico respecto al malestar si se quiere— y un subtexto donde se revela la imposibilidad de reconocerse como hombre e invisibilizarse mediante el diagnóstico del dolor crónico y la fibromialgia, efecto de lo cual es la reproducción del binarismo de género y la estigmatización, por no someterse a la posición normativa masculina que corresponde en la que no cabe el dolor y la vulnerabilidad.

En el caso de Carlos la vivencia respecto a la fibromialgia tiene una posición radicalmente diferente, en primer lugar porque el padecimiento del malestar está presente como algo propio, corporeizado, al respecto Carlos comenta lo siguiente, respecto a la etapa de diagnóstico, cuando él comienza a consultar debido a dolores muy intensos sufridos durante su jornada laboral:

Carlos: Pero claro, cuando ibas al médico y no tenías nada, pues... ya te digo ¡era horrible!

Entrevistadora: y ese conflicto, que tú notas que tu cuerpo le empieza a faltar o no sabes lo que es, vas al médico, tampoco ahí tienes ayuda, vas a tu casa, supongo que a tu mujer también...

Carlos: eso, eso te ha creado una depresión y una angustia tremenda, porque te sientes...

Entrevistadora: no sabías que hacer para arreglarla.

Carlos: ¡claro! Porque te vas al médico, no tienes nada, claro, te crea una depresión porque tú ves que sí que tienes, es que es más ¡es que no puedes! Te crea una depresión y una angustia que... lo que pasa, que la depresión te crea ansiedad, la ansiedad te crea dolor, el dolor te crea depresión, o sea es toda una cadena, claro, vas mal, vas mal. Te vuelves agre.. osea, no es que te vuelvas agresivo...

(Carlos, Entrevista personal, 5 de febrero de 2010)

En este extracto podemos diferenciar al menos un texto, la narrativa que Carlos construye respecto a la experiencia corporeizada de su dolor, donde aparecen una serie de dimensiones relacionadas respecto a su vivencia subjetiva del malestar: la cadena circular depresión-ansiedad-dolor-depresión. El problema es que la narrativa que Carlos produce a partir de su cuerpo no encuentra un punto de conexión con los textos médicos, lo que a su vez produce una agudización del malestar en tanto le resta senti-

do. Carlos hace una diferencia entre un dolor *real*, como el que él padece, y uno *psicológico*, que es al que apunta la parte médica. Al respecto presentamos dos fragmentos de sus relatos de vida:

Fragmento 1:

Entrevistadora: ¿no parabas? Cuando volvías a ponerte en marcha te dolían los pies...

Carlos: no podía, no podía, no podía arrancar. Y yo le digo a la doctora, cuando llegaba a casa, y me decía que era psicológico. Claro, es psicológico, y me mandaba calmantes. Bueno ya, cuando hacía al menos catorce veces que había ido, le digo, mira, o sea ya fui de mala hostia, mira a ver, digo esto no es psicológico. Digo, si no sabes lo que tengo, vale, llama a otro doctor, y si tengo que ir de pago, yo voy de pago, pero no digas más que es psicológico porque me tienes hasta las pelotas ya. Eso fue lo último que hablé con ella, bajé y me cambié de médico.

(Carlos, Entrevista personal, 5 de febrero de 2010)

Fragmento 2:

Entrevistadora: claro, no podías, y la otra te daba el alta porque puedes mover las manos...

Carlos: porque puedo mover las manos (silencio) Y ya va, eh, el informe del psiquiatra, que no me acuerdo, ahora si tenemos otra entrevista te lo traeré, porque decía, lo único que decía, la única palabra que tenía en la boca esta señora, hombre, señor, es que eh, “yo lo entiendo señor, sí, señor, usted comprenda, señor”. Lo único que tenía, ni se miró el informe del psiquiatra. Lo que me dijo “yo lo he revisado, señor, ya ha visto usted señor que yo lo he revisado, usted está bien, señor, usted tiene movimiento, señor”. Fíjate la revisión que me hizo: desnudarme, ponerme estirao encima de la camilla, me levantó los pies por los talones, me los dejó encima de la camilla “¿ya ve usted señor?”

Entrevistadora: claro, porque veía que tenías movilidad en la cadera, y ya está ¿no?

(Carlos, Entrevista personal, 5 de febrero de 2010)

En el caso de Carlos gran parte de su malestar tiene que ver con la ausencia de un reconocimiento de su padecer y de su dolor. Ni los Centros de Atención Primaria en salud, ni el ICAM, ni otras instituciones con las que le ha tocado relacionarse desde que empezó a consultar, han sido capaces de reconocer el sufrimiento de Carlos. El problema de la ausencia de reconocimiento no tiene que ver tanto con una falta o carencia de empatía en determinado sistema social o sanitario, sino que también en la construcción de un sentido del padecer. El texto y la palabra ocupa un espacio tridi-

mensional: en el sujeto, destinatario y contexto (Kristeva, 1981). La carencia de Carlos y la falta de interlocución en el destinatario, tiene como efecto que Carlos deba construir redes alternativas que permitan simbolizar ese dolor, donde por ejemplo ha debido solicitar cambios de médicos en el centro de salud y también entrando a participar en asociaciones de personas afectadas de fibromialgia. Aquellas prácticas le han permitido producir narrativas respecto a su cuerpo y su dolor, a partir de relaciones entre sus propios relatos con las de otras personas interlocutoras. “Siendo el interlocutor un texto, el sujeto también es un texto” (Kristeva, 1981, p. 237). En definitiva, el reconocimiento subjetivo de Carlos con la experiencia de no ser reconocido en su malestar por parte del sistema biomédico, le permite empoderarse subjetivamente rompiendo con el binarismo de género, proceso que no se ha dado en Alberto.

Entrevistadora: y tú, cuando estáis en el grupo [nota: la asociación de personas afectadas por la fibromialgia] ¿crees que haya diferencia entre ti y las mujeres? Lo que os pasa, como lo vivís, o no, o no crees que se ve ahí demasiada diferencia.

Carlos: hombre, hay un poquito de diferencia, porque los maridos lo ven de una manera, y mi mujer lo ve de otra.

Entrevistadora: o sea, no tanto en vosotros.

Carlos: a ver si me entiendes.

Entrevistadora: como enfermera, sino como la relación que se establece con...

Carlos: no, los hombres son un poco más duros para entenderlo.

Entrevistadora: ya.

Carlos: la mujer quizás es un poco más sensible, eso sí que es cierto.

Entrevistadora: entonces ahí tienes, digamos, una cierta ventaja.

Carlos: sí, sí, yo tengo una cierta ventaja, a mí una muchacha que no sé qué, no sé allí, y me pidió ayuda para su marido, y sí es que era...

Entrevistadora: (se ríe) no había forma de que entendiera nada.

Carlos: (se ríe) no, no entendía. Para él parece que estuviera fingiendo ella. Yo se lo dije ¡Paco, no seas capullo! Digo que una cosa es pasarlo...

Entrevistadora: y otra cosa...

Carlos: y otra cosa es, no sé, es fingirlo. Digo, no está fingiendo.

Entrevistadora: claro que es algo que ...

Carlos: cuesta mucho, cuesta mucho de llevarlo. La última reunión que tuvimos, la conferencia de un médico, vino él y estuvo preguntando al médico. Ya se interesó y luego de otra manera.

(Carlos, Entrevista personal, 5 de febrero de 2010)

En este extracto observamos que la producción de sentido en la experiencia de Carlos respecto a la fibromialgia no sólo opera en términos de comprensión e inteligibilidad de esa experiencia. Las diferencias construidas por Carlos entre masculinidad y feminidad, al mismo tiempo que la construcción de un sentido en el dolor crónico, quedan inscritas en un texto que al ser leído o escuchado por otras personas —por ejemplo la figura de Paco en el extracto— permiten ir construyendo redes de significado. Para Kristeva la lectura y la escucha no son prácticas pasivas, sino una participación activa y agresiva, en tanto es una apropiación del texto del otro. De esta forma la construcción de redes de significado no se entiende como un efecto de la intertextualidad, sino como acciones intertextuales en torno a la producción de sentido y la construcción del significado en un texto. El reconocimiento implícito de una dimensión intertextual en el lenguaje es aquello que permite a Carlos vincular su malestar a un determinado contexto, y con ello darle un nuevo sentido. Por el contrario Alberto no logra hacer el mismo movimiento, que es el tránsito de un texto a otro, dificultad que también está dada en la medida que supone movimientos verticales, del hipertexto al hipotexto como movimiento paradigmático (Kristeva, 1981), que los movimientos horizontales que hace Carlos: un movimiento sintagmático (Kristeva, 1981) que va del texto-médico al texto-asociación. Tanto el movimiento vertical o paradigmático, como el movimiento horizontal o sintagmático, son acciones que permiten dar nuevos sentidos al malestar de Carlos. Sin embargo, la identificación del origen y destino de esos movimientos, para este caso en particular, es el que requiere que la lectura sea una práctica reflexiva. Esto se produce porque el contexto de esta investigación, como el de cualquier otra, delimita esos posibles lugares de entrada y salida en sus posiciones teóricas. En nuestro caso particular la crítica a las posiciones biomédicas tradicionales favoreciendo una aproximación desde el feminismo y la teoría de género, con el objetivo de producir un conocimiento emancipador por sobre uno normativo, hace plausible reconocer hipotextos tales como las narrativas sobre el binarismo de género y el papel que juega en la producción subjetiva del dolor crónico de hombres que sufren de dolor crónico y fibromialgia, como movimiento paradigmático del texto. El reconocimiento de esta dimensión en la producción de historias de vida por parte de Carlos, permite dar cuenta cómo esa toma de conciencia permite hacer el desplazamiento lateral que mencionábamos, hacia un hipotexto diferente —consciente de la dimensión del género y del trabajo comunitario— que permite crear un nuevo hipertexto donde el dolor es simbolizado, permitiendo a Carlos desplazar su malestar. Este proceso que no ocurre en el caso de Alberto, que queda atrapado en un conflicto implícito al no poder captar dicha intertextualidad, lo que deviene un factor de vulnerabilidad y revictimización para él.

Herramientas para comprender el propio texto

Hasta el punto anterior hemos dado cuenta, por medio del análisis de algunas viñetas de historias de vida, algunos de los resultados en torno al proceso de investigación. En este punto queremos tomar ese texto como objeto de estudio, y hacer una propuesta de análisis reflexivo de las condiciones metodológicas mediante el uso de la intertextualidad y la narratividad. En este sentido partimos del supuesto que hemos expuesto en un comienzo: el texto es una cristalización de los encuentros que han tenido lugar entre los sujetos durante un proceso de investigación. De esta forma la **intertextualidad puede ser una estrategia de lectura** que permite cartografiar las diferentes posiciones de los distintos sujetos que influyen la producción del texto, entendiendo que — como lo propone Julia Kristeva (1981)— el sujeto puede ser leído también como un texto. En este sentido, el efecto naturalizante y objetivador que se desprende de la supuesta objetividad y neutralidad científicas queda diluido, para visibilizar y por tanto desplazar —aunque parcialmente— las relaciones de poder androcéntricas al uso en relación al género en la producción de conocimiento. En el caso de la **narratividad**, nuestra propuesta es que ésta puede ser utilizada como **una estrategia de escritura**, que no sólo de cuenta de la relación de diferentes sujetos, objetos y fenómenos en un relato, sino que logre hacerlo también dando cuenta de su proceso. En este sentido queremos tomar la distinción que hace Kristeva (1981) respecto a las tres categorías del relato: la palabra directa, la palabra objetal y la palabra ambivalente. **Las tres categorías refieren a las dimensiones de la autoría y los personajes en un relato.** La **palabra directa remite al objeto**, es **la palabra del autor**, tiene un carácter denotativo y procura resultar adecuada al objeto al que refiere. La palabra directa desconoce otras fuerzas y la influencia que pueden tener, palabras que Kristeva (1981) llama palabras extranjeras. La palabra objetal es el discurso directo de los personajes y aunque tiene una significación objetiva —como la palabra directa— no está al mismo nivel que la palabra del autor. Dicho de otra forma, la palabra objetiva en un texto es “la palabra extranjera subordinada a la palabra narrativa como objeto de la comprensión del autor” (Kristeva, 1981, p. 201). La palabra ambivalente es la tercera categoría: mediante ella el autor **utiliza la palabra de un otro** para darle un nuevo sentido, sin que la palabra pierda el sentido anterior. La palabra es ambivalente porque es el resultado de la yuxtaposición de dos sistemas de signos, cuyo efecto es la relativización del texto y por tanto también de las relaciones de poder en la producción del conocimiento, abriendo la puerta a su posible discusión pública.

Dadas las categorías del texto según Kristeva, podemos hacernos algunas preguntas respecto a nuestros textos de investigación, ya sean transcripciones de entrevistas, historias de vida, narrativas respecto al análisis o sobre su discusión, por ejemplo ¿qué

categorías predominan en el texto?, si los textos de una investigación son cristalizaciones de encuentros entre los sujetos involucrados ¿qué sucede con el papel de las autorías?, ¿quiénes son los personajes de nuestras narrativas? Sin embargo hay una pregunta que opera como hipotexto de las que acá hemos planteado: ¿podemos (y cómo) evitar la colonización del texto del otro en un proceso de investigación? En primer lugar es necesario reconocer la inequidad que produce el privilegio narrativo: en este sentido, como personas autoras de un artículo académico en un contexto académico, somos depositarias de un privilegio que las personas participantes no tienen: siempre serán las personas investigadoras quienes tienen la decisión final sobre lo que se plasma en un informe, en un monográfico o en un artículo (Adams, 2008). Por ejemplo, en el caso de esta investigación, ¿cómo tomar las historias de vida de Carlos y Alberto sin fracturarlas, sin trastocar sus sentidos? En primer lugar debemos reconocer que estas historias no aparecen espontáneamente: son producto dialógicos, y como tales son textos polifónicos. Así como en los relatos de Carlos la intertextualidad juega un papel fundamental para dotar de sentido a su experiencia, la posición de la persona entrevistadora es —en parte— también intertextual, en la medida que la persona entrevistadora cumple un papel activo en la construcción de ese mosaico de citas que es el texto de la entrevista. En este sentido las intervenciones durante la entrevista pueden operar como un dispositivo reflexivo pero también direccionador.

En la construcción de los relatos, la función de la entrevistadora no es únicamente la extracción o levantamiento de información, sino que facilita la articulación de una idea, si se quiere poner de alguna forma, “presta texto” para dar sentido a esa parte del relato. Tanto la entrevista narrativa como el análisis narrativo, son formas de producir un sentido en torno a un conjunto de relatos sobre un mismo fenómeno, en este ejemplo respecto a la masculinidad y los malestares asociados a la fibromialgia y el dolor crónico.

La palabra ambigua de Kristeva (1981) parece ser una figura esencial como estrategia de no-colonización del texto del otro, en tanto nos permite yuxtaponer los significados construidos por la persona autora del relato junto con el sentido que se le ha dado en la narrativa. Los textos que hemos escrito en conjunción con los relatos de Carlos y Alberto están íntimamente atados a estructuras sociales, culturales e ideológicas, sin embargo éstas no pueden ser tratadas como fuentes o influencias, sino que la autora al traer activamente la palabra de un otro (la palabra del feminismo como movimiento y teoría social y política) producen un sentido emancipador en la simbolización del malestar en el caso de Carlos, y un sentido normativizador de género en el caso de Alberto. Asumir dicha responsabilidad por parte de las científicas previene la colonización y el autoritarismo científicos y democratiza la ciencia, al abrirla a la discusión pú-

blica. El texto es una práctica y un producto al mismo tiempo, el estado de su intertextualidad representa una estructuración de palabras y actos de lenguaje que han existido anteriormente y que continuarán una vez que ese acto finalice. Citando a Graham (2000) si los textos que estamos escribiendo están hechos de pedazos sociales, entonces las tensiones ideológicas que caracterizan nuestro contexto social continuarán reverberando en el texto.

Referencias

- Adams, Tony (2008). A review of narrative ethics. *Qualitative Inquiry*, 14(2), 175-194. <http://dx.doi.org/10.1177/1077800407304417>
- Albertín, Pilar (2008). Reflexive practice as ethics and political position: Analysis in an ethnographic study of heroin use. *Qualitative Social Work*, 7(4), 466-483. <http://dx.doi.org/10.1177/1473325008097141>
- Albertín, Pilar (2009). La práctica reflexiva en el texto etnográfico. Aproximaciones, relaciones y significados sobre el uso de heroína y otras drogas en una comunidad urbana. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 10(2), Art. 23. Recuperado de <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1328/2808>
- Amigot, Patricia y Pujal, Margot (2014) Desmedicalización del dolor en plataformas virtuales y empoderamiento subjetivo [Documento interno no publicado]. *Universidad Autónoma de Barcelona*.
- Anexo: Cronología de la Segunda Guerra Mundial (s.f.). En *Wikipedia*, recuperado el 20 de febrero de 2014 desde http://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Cronolog%C3%ADa_de_la_Segunda_Guerra_Mundial
- Bakhtin, Mikhail (1981). Discourse in the novel. En Michael Holquist (Ed.), *The dialogic imagination: Four essays Austin* (pp. 269-422). Texas: University of Texas Press.
- Butler, Judith (1997/2001). *Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Day Sclatter, Shelley (2003). What is the subject? *Narrative Inquiry*, 13(2), 312-330.
- Elkad-Lehman, Ilana & Greensfeld, Hava (2011). Intertextuality as an interpretative method in qualitative research. *Narrative Inquiry*, 21(2), 258-275. <http://dx.doi.org/10.1075/ni.21.2.05elk>
- Genette, Gérard (1997). *Palimpsests: Literature in the second degree* (C. Newman & C. Doubinsky, Trans.). Lincoln, USA: University of Nebraska Press.
- Gough, Brendan & Madill, Anna (2012). Subjectivity in Psychological Science: From Problem to Prospect. *Psychological Methods*, 17(3), 374-384. <http://dx.doi.org/10.1037/a0029313>
- Graham, Allen (2000). *Intertextuality*. Londres, Nueva York: Routledge.
- Haraway, Donna (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of the partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599. <http://dx.doi.org/10.2307/3178066>

- Harding, Sandra (1987). Is there a feminist method? En Sandra Harding (Ed.), *Feminism and Methodology* (pp. 1-14). Bloomington: Indiana University Press.
- Jackson, Cecile (2009). Researching the researched: Gender, reflexivity and actor-orientation in an experimental game. *European Journal of Development Research*, 21(5), 772-791. <http://dx.doi.org/10.1057/ejdr.2009.33>
- Kohler Riessman, Catherine (2008). *Narrative Methods for the Human Sciences*. Thousand Oaks: SAGE Publications.
- Kaufman, Peter. (2013). Scribo Ergo Cogito: Reflexivity through Writing. *Teaching Sociology*, 41(1), 70–81. <http://dx.doi.org/10.1177/0092055X12458679>
- Kristeva, Julia (1978/1981). *Semiótica I* (2a ed.). Madrid: Editorial Fundamentos.
- Kristeva, Julia (1997). Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela. En Desiderio Navarro (Ed.), *Intertextualité* (pp. 1-24). La Habana: UNEAC, Casa de las Américas.
- Lather, Patty (1986). Research as Praxis. *Harvard Educational Review*, 56(3), 257-277.
- Marcus, George (1994). On Ideologies of Reflexivity in Contemporary Efforts to Remake the Human Sciences. *Poetics Today*, 15(3), 383-404. <http://dx.doi.org/10.2307/1773315>
- Morson, Gary Saul (2003). Narrativeness. *New Literary History*, 34(1), 59-73. <http://dx.doi.org/10.1353/nlh.2003.0008>
- Polkinghorne, Donald (1988). *Narrative knowing and the human sciences*. Albany: State University of New York Press.
- Pujal i Llombart, Margot (2003). La tarea crítica: interconexiones entre deseo, subjetividad y lenguaje. *Política y Sociedad*, 40(1), 129-140.
- Pujal i Llombart, Margot; Mora, Enrico; Albertín, Pilar & Amigot, Patricia. (2011). *Informe de Recerca. Les veus silenciades en temps "d'igualtat". El dolor des d'una perspectiva de gènere*. Barcelona: Institut Català de Dones.
- Pujal i Llombart, Margot & Mora, Enrico (2013). Dolor, trabajo y su diagnóstico psicosocial de género: un ejemplo. *Universitas Psicológica*, 12(4), 1181-1193.
- Pujal i Llombart, Margot & Mora, Enrico (2014). Subjetividad, salud y género: una aproximación al dolor crónico mediante la metodología del Diagnóstico Psicosocial de género. *Estudios de Psicología* 35(2), 212-238.
- Ricoeur, Paul (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Anàlisi*, 25, 189-207.
- Rodriguez, Amardo (2002). Redefining our understanding of narrative. *The Qualitative Report*, 7(1). Recuperado de 2012 de <http://www.nova.edu/ssss/QR/QR7-1/rodriguez.html>
- Rubin Damari, Rebecca. (2010). Intertextual stancetaking and the local negotiation of cultural identities by a binational couple. *Journal of Sociolinguistics*, 14(5), 609-629.
- Segunda Guerra Mundial (s.f.) En *Wikipedia*, recuperado el 20 de febrero de 2014 de http://es.wikipedia.org/wiki/Segunda_Guerra_Mundial
- Silverstein, Michael & Urban, Greg (1996). *Natural histories of discourse*. Chicago: The University of Chicago Press.

Trester, Anna Marie (2012). Framing entextualization in improv: Intertextuality as an interactional resource. *Language in Society*, 41, 237-258.
<http://dx.doi.org/10.1017/S0047404512000061>

Villalobos, Iván (2003). La intertextualidad en Kristeva y Barthes. *Rev. Filosofía Univ. Costa Rica*, 41(103), 137-145.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](#).

Usted es libre para Compartir —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y Adaptar el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso comercialmente, siempre que cumpla la condición de:

Atribución: Usted debe reconocer el crédito de una obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)